

El
espía en
Saratov

José A. Zorrilla

De librum tremens

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, copiada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, óptico, informático, reprográfico, de grabación o de fotocopia, o cualquier medio por aparecer, sin el permiso expreso, escrito y previo del editor.

Todos los derechos reservados.

Impreso en España. Printed in Spain

Título original: *El espía Saratov*

Copyright 2013 ® De Librum Tremens Editores S.L.

Copyright 2013 ® José A. Zorrilla

Calle Nardo 53, Soto de la Moraleja, Alcobendas. Madrid 28109

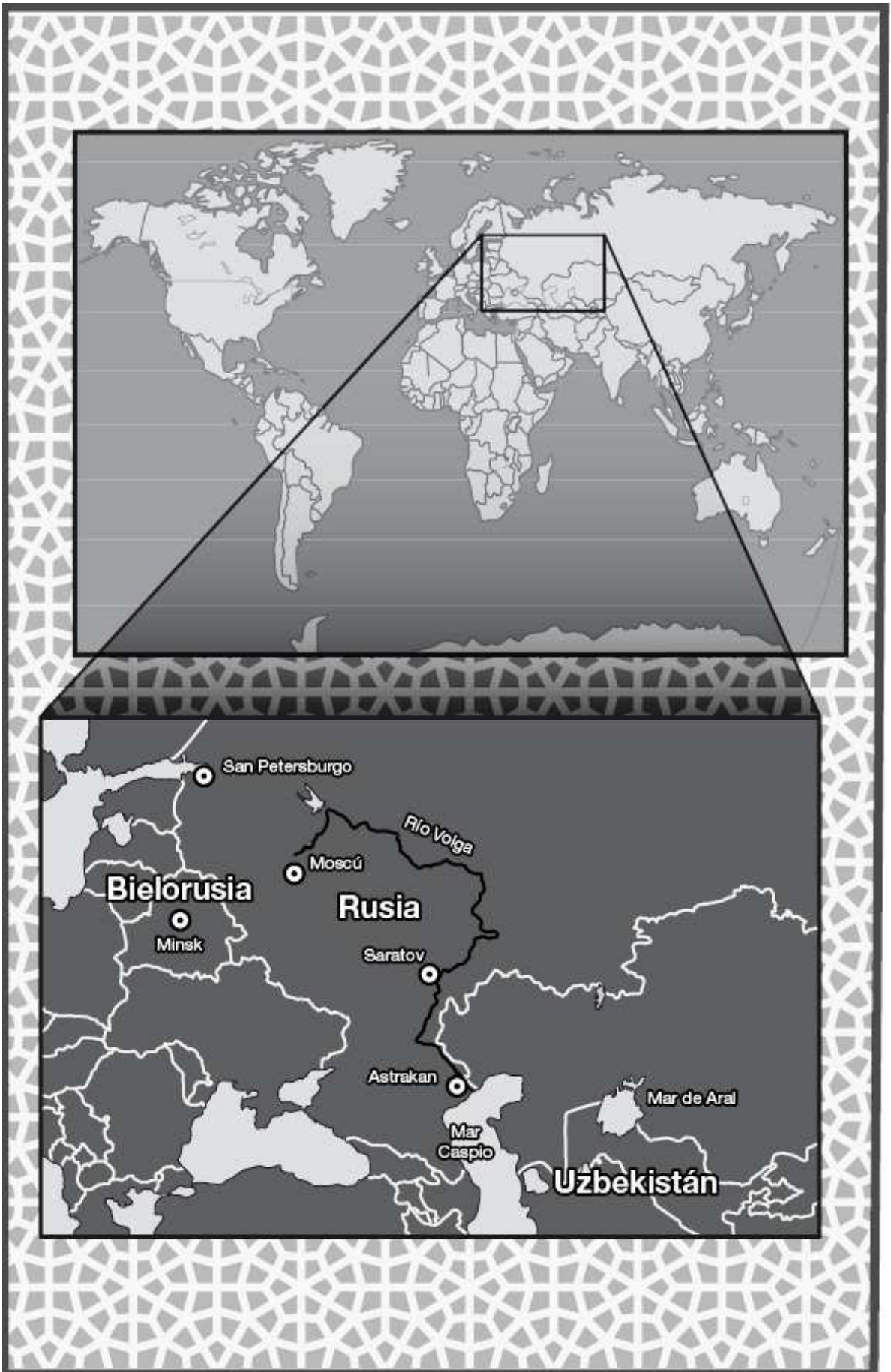
Primera edición julio 2013

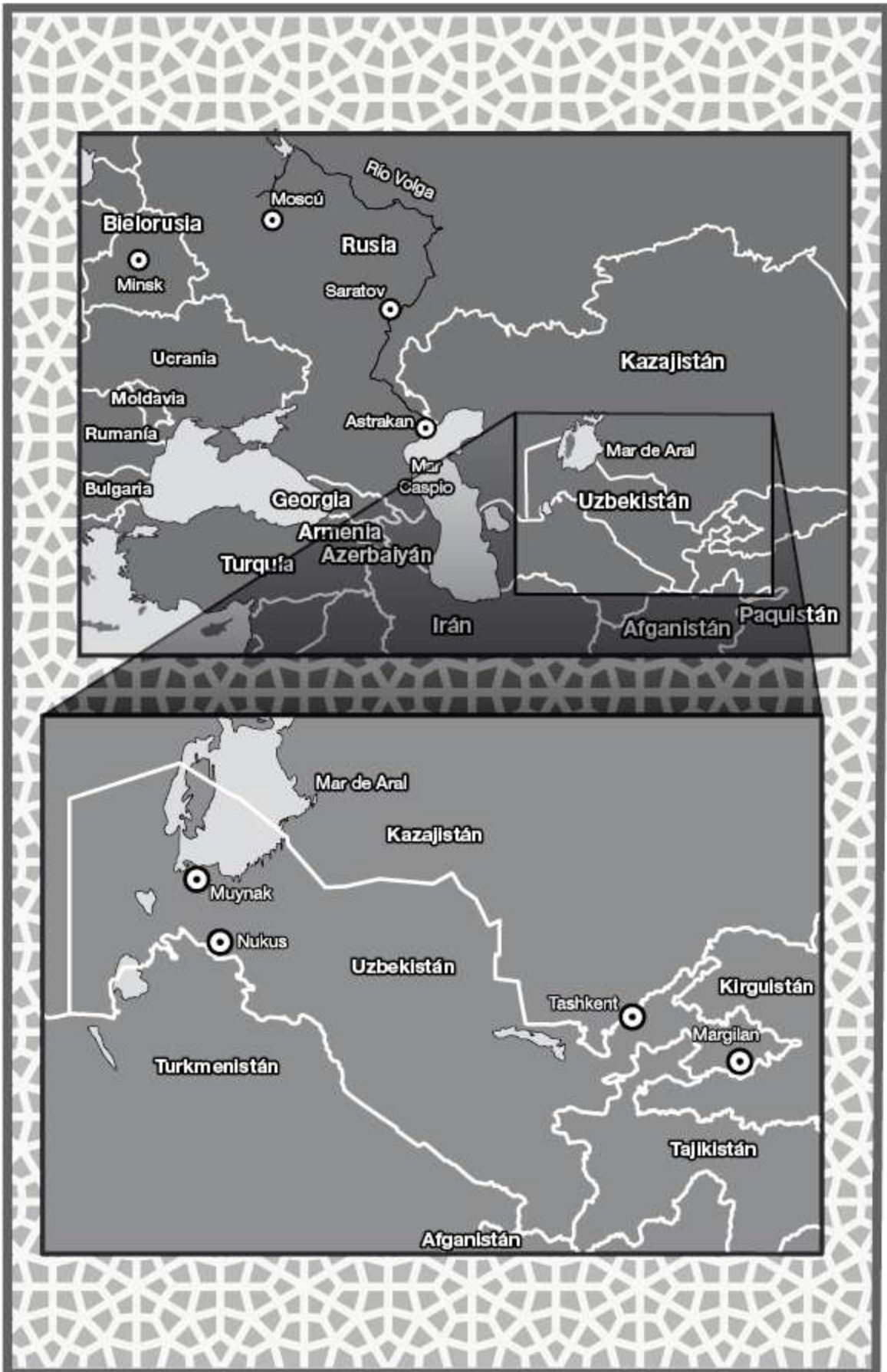
ISBN: 978-84-15074-41-0

Depósito legal: M-16756-2013

Impresión: Fer Fotocomposición

Diseño de portada: Planetomondo





Agradecimientos

Este libro no hubiera podido escribirse sin la desinteresada colaboración de algunos buenos amigos, entre ellos, Víctor Andresco, Héctor Purizaca, Miguel Ortiz y Antonio Fernández. Mi guía en Minsk fue y sigue siendo Michail Litin. Allí compartí el álbum de fotos de un «antiguo piloto de caza rojo» con su biznieta de diez años, modelo de uno de los capítulos de la novela.

Uzbekistán se lo debo a Pedro Bourcaij. Eugenia Pomirthaia me ilustró sobre San Petersburgo y problemas conexos. En esa ciudad los investigadores del Instituto de Manuscritos Orientales, Stanislav Michailovich Prozorof, Oleg Fiodorich Akimushkin y Margarita Iossifovna Boroviova, tuvieron la amabilidad de abrir para mí algunos de sus más raros archivos. A José Guillermo García Valdecasas le debo la traducción de «*Dum vivis disce*».

Ramón Estévez, ya en Madrid, fue muy generoso con su tiempo, y sus observaciones mejoraron sin duda el texto final.

Mi esposa, Maribel, se sitúa en otro nivel de complicidad y a ella le debo valiosas sugerencias y correcciones.

Algunos amigos rusos merecerían un muy especial reconocimiento, pero no desean ver su nombre en letra impresa. A todos ellos, muchas gracias.

NB.- Xoresm se ha traducido al español como Corasmia. <http://es.wikipedia.org/wiki/Corasmia>. Yo he preferido mantener Xoresm. En cuanto a Anton, no lleva acento en la "o" en ruso y a todos mis Antons rusos los he tratado sin acento. Así queda.

I

El alferez de John

El pasado mes de septiembre, Luis Antonio Sánchez Ulíbarri comió en Lhardy con un tal Alfred Winckelmann, que aseguró venir de parte de John, su reclutador y oficial de enlace en la Agencia Central de Inteligencia (CIA) durante los pasados veinte años.

Alfred era un tipo alto y cordial que se interesaba por el precio de los trajes a medida y la ampliación del Museo del Prado — «Desde que vi la catedral de Los Ángeles he seguido la obra de Moneo»—. También quería acercarse a Toledo para admirar *El entierro del conde de Orgaz*, y no iba a abandonar la Villa y Corte sin desplazarse a El Escorial para ver la colección de viejos mapas de Asia que allí se custodia.

No le costó mucho a Luis, con tales argumentos, concluir que esta vez John no le enviaba a un profesional cualquiera, sino a alguien que habitaba en el corazón del sistema. Era extraño, sin embargo, que John no le hubiese presentado al emisario. De hecho, era la primera vez en veinte años de colaboración. Luis decidió no hacer preguntas y llevar a Alfred a Lhardy, lugar que solía escoger por sus reservados, sus cocidos y un aire general, entre imperial y mustio, evocador de la Rusia de los zares. Quizás en aquel entorno tan especial Alfred se decidiese a decirle para qué había venido a Madrid, algo, por el momento, no mencionado. En cuanto al tratamiento, ambos habían convenido en usar el nombre de pila, equivalente inglés del

tuteo, y ante las dudas de Alfred sobre cuál de los dos usar, Luis aclaró que él en España era Luis y en Rusia, Anton —sin acento. El camarero que servía la mesa ponía la comida en el plato con la mejor de las intenciones pero sin la profesionalidad que, sin duda, habían exhibido sus antepasados al servir los mismos manjares ante Alfonso XII y Alfonso XIII, clientes del local en el Madrid de la Restauración. Era explicable. Al fin y al cabo, el Madrid de hoy tampoco era el de aquellos años.

—¿Es este el famoso jamón de España? —preguntó Alfred mientras separaba dos láminas de jabugo.

—Creo que sí, y, además, de la parte alta de la gama —respondió Luis.

—Habré de conformarme con ello —aseguró Alfred limpiándose la grasa de los dedos y sonriendo cómplice.

El camarero retiró los platos de sopa y volvió al poco tiempo con una fuente de cocido. Alfred miró alarmado aquella exhibición de vituallas.

—Come solo un poco de cada cosa —aconsejó Luis—. Es menos grave de lo que piensas. —Y, volviéndose hacia el camarero, pidió—: Sirva al señor de todo, pero sin exagerar. Ya ve que es extranjero.

El camarero fue depositando garbanzos, repollo, tocino, chorizo y demás compañía en el plato del americano. Cuando Luis juzgó que la alarma de Alfred estaba a punto de llegar a un punto crítico ordenó al camarero:

—Ya es suficiente. Creo que con eso mi invitado tiene bastante.

—Desde luego —respiró aliviado Alfred—. ¿Se puede comer todo esto?

—Sin duda. Te advierto además que tiene menos calorías y grasas saturadas que una comida rápida de... —Calló justo antes de mencionar el nombre del país de su invitado.

—¿Olla podrida? —preguntó Alfred en español.

—No exactamente. Pero... ¿Cómo! —Luis reaccionó con sorpresa—. ¿Es que hablas español? Y, además, español de Cervantes.

Hubo un momento de silencio y Luis no supo si había ido más allá de lo debido entre profesionales. Alfred pareció no dar importancia a la indiscreción.

—Lo estudié solo como asignatura de complemento —explicó Alfred, y luego amplió la información—: mi licenciatura es en lenguas eslavas.

Luis calló. La observación le había escocido un poco. Él no había terminado la carrera. Había cursado cuatro años de filología en Moscú y su devoción por la literatura y la historia seguía tan viva como en la adolescencia. Sin embargo, pensaba también que había traicionado la promesa hecha a su madre de hacer un doctorado. Ella siempre le quiso catedrático, un intelectual de verdad. Había terminado siendo solo un autodidacta.

—Entiendo —contrató Alfred— que eres bilingüe perfecto ruso-español.

—Correcto —asintió Luis.

—Trilingüe, más bien. Porque tienes el francés como lengua materna.

—Si quieres que lleguemos al fondo de mis habilidades —respondió Luis con algo de agresividad—, te diré que, además de en el español en el que estamos hablando, y de en todos esos idiomas que has citado, me defiendo también en alemán e italiano. Y nada de colegios de pago. Cortesía del Partido Comunista de la URSS. O partidos hermanos.

—Interesante.

—Por tu cara no lo parece.

—¿Qué quieres decir?

—Que no te sorprendes en absoluto. Vamos, que ya lo sabías.

—Afirmativo.

—Lo que significa que la Compañía ha faltado a su palabra. Porque a mi expediente solo debería tener acceso quien me reclutó.

—Y así ha sido hasta ahora. Gracias a esa política sobreviviste a las traiciones de Ames¹ y de Hanssen.² Eres el único superviviente de esos desastres.

—Y ahora, por lo visto, y ya que soy lo único que os queda, habéis decidido aplicarme el criterio general para que me fusilen a mí también. O para que me suicide saltando por la ventana... En fin, el catálogo de desgracias es tan amplio como Siberia. Seguro que lo conoces. Y esta locura ¿cómo es que la consiente John? ¡Y además falta a su palabra!

Alfred dejó de comer; no como quien hace una pausa, sino como quien pone fin a una tarea enojosa. Posó los cubiertos en el plato, se limpió los labios, bebió un poco de su Pagos Viejos 2001, se llevó la servilleta a los labios y dijo en voz muy baja y con pesadumbre:

—He tenido acceso al archivo de John por orden del director de la Agencia. —Hizo una pausa significativa—. John ha desaparecido y tú estás en su testamento. No te asustes. El testamento es obligatorio desde el primer día de trabajo en la Compañía. No quiere decir nada.

La súbita lividez de Luis llevó a Alfred a completar su información sin más dilaciones.

¹ Aldrich Hazen Ames, agente de la CIA condenado a cadena perpetua en 1994 por haber espiado para la URSS. Al menos diez activos de la inteligencia norteamericana fueron ejecutados como consecuencia de su traición.

² Robert Philip Hanssen, agente del FBI, condenado a cadena perpetua en el 2001 por haber sido espía de la URSS durante diecisiete años.

—John A. Feldt, el agente que te reclutó y que fue tu oficial de enlace todos estos años (veinte, para ser precisos), ha desaparecido en Sarátov durante un crucero por el Volga, en el trayecto Astracán-Moscú. Por esa razón sé que tu nombre completo es Luis Antonio Sánchez Ulíbarri y que John te llama... —Alfred iba a decir «te llamaba», pero rectificó a tiempo— mister Su por las iniciales de tus apellidos; que eres hijo de españoles exiliados en Francia; que al quedarte huérfano en París te reclamó tu tío Mariano, comunista del PCE, en Moscú desde 1939, colaborador del Politburó...

—Vale, vale, Alfred —acertó a decir Luis—. Vale. Estoy seguro de que has estudiado mi expediente. No me cuentes mi vida. La conozco.

Luis se dio cuenta de que Alfred notaba su turbación. Sentía frío en las manos y en la cara. Debía de estar pálido como un muerto. ¡A esto había venido Alfred a Madrid, a hacer de ángel de la muerte!

—Siento haber sido yo el mensajero y haber transmitido el anuncio de esta manera —dijo Alfred como si le estuviera leyendo el pensamiento, en un español impecable—. Sé, sabemos, que erais muy amigos. Por eso se nos ha ocurrido solicitar tu colaboración.

—¿Los Estados Unidos recurren a mí? ¿El sistema de inteligencia más avanzado del mundo recurre precisamente a mí? Estás de broma.

—En absoluto. Es muy simple. *Tú* eres el único agente que nos queda en la Compañía para penetrar en Rusia como en los viejos tiempos. Todos nuestros activos cayeron con Ames y con Hanssen; el problema es que eran irremplazables, porque agentes como aquellos ya no existen. Entenderás que no estoy autorizado a hablar de nuestros activos en Rusia. Pero lo que sí

te puedo decir, porque lo sabe todo el mundo, es que, si se hubiese reclutado a alguien durante estos diez años, nunca habría sido el tipo de agente que captamos durante la guerra fría. Ahora la desaparición de John nos remite a esa cultura profesional, la del ilegal de la guerra fría. Y no tenemos a nadie que la practique; al menos, a nadie con tus capacidades. —Miró a Luis con deferencia—. Eras el agente de referencia de John, lo que en la jerga de Langley llaman un *tensing*, el *sherpa* que te lleva a la cumbre y cuyo nombre no se revela jamás. Ahora, desaparecida esa cultura profesional del anticomunismo, ¿cómo podríamos revivirla? Y, sobre todo, ¿con quién? Además, John y tú erais grandes amigos. O tú o nadie —concluyó.

Luis se dio cuenta en ese momento de lo viejo que era. Y preguntó con gesto serio:

—¿Qué queréis que haga?

—Averigua lo que pasó. Si está vivo, tráelo de vuelta o dinos lo que haya de hacerse para recuperarlo sin daño. Si no lo está, queremos saber quién fue y por qué lo eliminaron.

—¿Y por qué no se lo preguntáis directamente a los rusos? Son ellos los que mejor conocen el terreno. Créeme, en eso son formidables. Y ahora somos amigos.

—Es una segunda opción. Si fracasas, lo haremos.

—¡Joder! —saltó Luis—. ¡Menudo encargo! Presentarme en Rusia y andar por ahí preguntando qué le ha pasado a John A. Feldt, Directorio de Análisis e Inteligencia, número dos de la Dirección de Eurasia, uno de los principales cargos de la Agencia. Bueno, uno de los veinte o treinta señoritos de los más de quince mil profesionales que trabajan para la Compañía.

—Eso mismo.

—¿Sabes lo que dices? ¿Crees que los rusos son tontos? En contrainteligencia nos ganan a todos. Vamos, sin ánimo de

ofender, tengo la certeza de que, en el mismo momento en el que habéis sacado mi expediente de la caja fuerte, Moscú se ha enterado de su contenido. Y no pretendo con ello insultaros a ti ni a los Estados Unidos, y tampoco a la Agencia. Es lo que hay. El camarero volvió a aparecer; para desprenderse de él cuanto antes, ambos comensales pidieron café. En cuanto se hubo cerrado la puerta, Alfred aclaró:

—Solo tres personas en Washington saben quién era el *tensing* de John. Me parece difícil que, precisamente en Moscú, haya un cuarto enterado. En cuanto al trabajo como tal, la parte previa la tienes hecha. John bajó del barco en Sarátov, puerto del Volga al que llegó desde Astracán, pero no volvió a bordo. Nos enteramos a tiempo, aunque no puedo aclararte si le íbamos siguiendo por su propia seguridad o no; ignoro los detalles y tampoco creo que sean información relevante. Lo cierto es que se pudo montar una operación en un plazo de pocas horas. La Agencia cogió un cadáver anónimo, desplazó a un cónsul al lugar de los hechos, consiguió una autopsia de ahogado y con ella se pasó aduana de cadáveres sin dificultad. John ha muerto a todos los efectos, salvo a los nuestros. Queremos saber si vive o no, y, en cualquier caso, la verdad sobre los hechos.

Luis no preguntó qué hacía John subiendo a Moscú por el Volga. Sabía de la veneración de su amigo por los grandes ríos, que amaba recorrer en cruceros y que sentía como caminos en los que el viajero penetra sin daño ni huella.

Respiró hondo.

—John era alguien muy especial y desde luego con muchísimo talento —siguió—. Te advierto que, si de verdad lo han eliminado y encuentro al autor, me lo cargaré sin más. Se lo puedes contar así al mismísimo presidente de los Estados Unidos.

—Si insistes...

Luis le miró asombrado.

—Yo no vengo de la Agencia, Luis. Esta es una operación autorizada por la Casa Blanca y están esperando tu contestación. Te diré más: si resuelves el caso se habrán acabado los problemas económicos para el resto de tus días.

—¡Coño! —estalló Luis—, ya salió el dinero. No hay manera de hablar con un americano más de cinco minutos sin que se hable de eso. No quiero dinero. Quiero a John o al asesino de John. Esto es personal, como decís vosotros. Éramos amigos, muy amigos; a ver si se enteran en la Compañía, en la Casa Blanca o en la Reserva Federal. Y con amistad de por medio no hay dinero que valga.

—Tú eres medio francés —insinuó Alfred.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Las buenas cuentas hacen a los buenos amigos, ¿se dice así en Francia?

Así se decía en Francia, efectivamente: *les bons comptes font les bons amis*, pero en ese momento entró el maître con la nota y Luis se abstuvo de contestar. Pagó sin mirar ni esperar la vuelta y guio a su huésped por la vieja escalera de madera hasta la tienda. Alfred contempló el establecimiento con asombro. Las vitrinas de vidrio y los mostradores de mármol debían de parecerle piezas de un museo de tecnología.

—¿Samovares en Madrid? —preguntó Alfred señalando un objeto plateado que adornaba una esquina.

—Tranquilízate —dijo Luis—. Es de cuando Rusia tenía zares y la capital estaba en San Petersburgo. Y no contiene té, sino caldo. El mismo que has tomado en la comida.

—Me tranquilizas —respondió Alfred sonriendo—. Por cierto, ¿está cerca el Palacio Real?

Luis abrió la puerta y señaló a su izquierda.

—Todo recto.

No hacía falta que se dijeran más. Las claves estaban acordadas; los números de cuenta, dados; la página web en la que encontraría los datos de la operación, establecida y abierta, y los teléfonos de contacto eran los habituales. Ordinaria administración. Lo único no ordinario era la casi cierta muerte de su amigo John. Su único amigo. Porque en su vida no había nada parecido a esa amistad añeja con la que se había inaugurado su edad adulta. Mujeres, incontables. Todas de revolcón, muchas de pago. Pero amor más bien poco, por no decir nada, salvo una ocasión única e inaugural. Amigos de verdad, ninguno. Su «profesión», si es que lo era, vedaba ese consuelo.

En lugar de ir directamente a Cibeles tomó Alcalá, más luminosa, y, de manera inconsciente, la dejó a su izquierda para seguir bajo los árboles hacia la plaza de Neptuno, lugar que para él representaba una España todavía relevante y hasta ilustrada, a la que la fiereza conservadora había llamado heterodoxa, como si ser español fuese una fe custodiada por la Inquisición y no una condición legal. Entonces reparó en que al seguir ese camino no le quedaba más remedio, para llegar a la oficina, que bordear el Museo del Prado, una mala, muy mala idea; abatido como estaba por la noticia de la desaparición de John, pasar por delante de ese tesoro de historia solo podía traerle memorias de fracaso.

Y es que su inminente viaje a Rusia, esta vez y después de muchos años para recuperar su condición de espía, avivaba en él la conciencia de su doble origen. Anton en Rusia, pero ahora

Luis en España, más español que nunca delante de su memoria histórica y pictórica, legado francamente agrisulce porque explicaba, en obras maestras del arte universal, tanto el heroísmo de un pueblo como su descenso a los infiernos a manos de sus gobernantes. Primero venía la intolerancia: *Auto de fe*, de Berruguete; luego, el intento de parar militarmente al protestantismo: *Carlos V a caballo en Mühlberg*, de Tiziano, o *La rendición de Breda*, de Velázquez, error en el que se consumió la hacienda del Imperio más rico de la historia. Ruina culminada por un rosario de traiciones casi increíble. A principios del siglo XIX, un rey idiota había dado orden de colaborar con Francia para evitar la invasión del entonces ejército más poderoso del mundo. El resultado había sido la guerra contra Inglaterra y la derrota de Trafalgar, sacrificio que contaba Álvarez Dumont en *La muerte de Churruca*, oficial de la Armada, resueltamente contrario a la colaboración con Francia y consciente de que hacerse a la mar contra Nelson era ir a la muerte segura y, con todo, ocurrente hasta el final, puesto que se despidió de su familia diciendo: «Al menos dejan que el sudario me lo haga a la medida».

Finalmente, y a pesar de la colaboración, terminó por producirse la invasión francesa que aquella suma de traiciones trataba de evitar. El rey, hasta entonces idiota, ascendió a idiota traidor y abdicó Reino e Imperio en José Bonaparte, hermano de Napoleón. Toda la Diputación de la Grandeza de España, con el duque de Medinaceli al frente, fue a Irún a besar la mano al nuevo monarca. Solo dos jóvenes oficiales de artillería, Luis Daoíz y Pedro Velarde, decidieron desobedecer a sus jefes y se encerraron en un cuartel de Madrid con la convicción de que sus compañeros de armas vendrían a sublevarse con ellos. Pero sus compañeros faltaron a la cita. En su lugar llegó el pueblo

español con fecha de dos de mayo de 1808, según lo documentaba Goya en el cuadro del mismo título. La hasta entonces enemiga Inglaterra mandó un cuerpo expedicionario al mando del duque de Wellington, y entre ese ejército en campo abierto y la guerrilla española en retaguardia pusieron contra las cuerdas al famoso Ejército Invencible. Fue la primera guerra nacional de la historia y sus horrores los documentó también Goya en su cuaderno de apuntes, *Los desastres de la guerra*. De la primera batalla entre dos ejércitos nacionales se ocupaba *La rendición de Bailén*, de Casado del Alisal.

Llegada la hora de la paz, el embajador de Inglaterra esperaba en París la llegada del embajador de España para ver cómo se ordenaban Europa y el mundo entre los vencedores. Pero el hijo del Rey Felón, Fernando VII, hasta entonces muy ocupado en felicitar a Napoleón cada vez que ganaba una batalla contra los españoles, pasó a estar muy ocupado ahorcando a los que le habían llevado al trono; de modo que, a pesar del sacrificio del pueblo para asegurar a España el lugar que había tenido desde su unificación en 1479, y que hubiera debido seguir teniendo, Inglaterra se vio forzada a organizar el mundo con el país perdedor, Francia, mientras que la España victoriosa perdía su Imperio entre patíbulos y guerras civiles.

Cuando murió Fernando VII llegaron por fin los liberales, y, con ellos, la tercera traición. Como ya no había Imperio, lo suyo hubiera sido crear una economía fuerte basada en una agricultura próspera. Pero los liberales no siguieron en eso el ejemplo francés, que quitó la tierra al rey y a la Iglesia para dársela al pueblo, lo que de paso hizo conservador al país de la Revolución. En España los liberales le dieron al pueblo soberanía y patria, que —por lo visto— era lo único que usurpaba el soberano. La tierra se la quedaron ellos. Por

desgracia, la soberanía no se puede comer y el resultado fue una patria libre en la que unos pocos tenían que tomar bicarbonato para hacer la digestión y la inmensa mayoría pasaba hambre y quemaba cosechas. Los viajeros extranjeros no lo entendían: en España los ricos eran liberales y los pobres, absolutistas. Para consolarse de su perplejidad, los viajeros concluyeron que la España de Isidoro y el Fuero Juzgo había dejado de ser europea. Era algo así como un Oriente exótico a las puertas del paraíso: la llamaron *la España negra*.

Un hado extraño hacía que los españoles pudiesen librarse de los extranjeros sin demasiada dificultad. Librarse de los otros españoles era historia distinta. *El fusilamiento de Torrijos* de Gisbert lo demostraba; un cuadro algo parecido a *Los sirgadores del Volga* de Repin. Cuadros inmensos, sobrecogedores, que reflejaban en unos pocos metros cuadrados cientos de años de historia atormentada.

Finalmente, España, después de tanto horror y tanta miseria, se abrió a un viento de esperanza, la Segunda República. Pero tuvo la desgracia de llegar en tiempos de cólera. En medio del caos global de los años treinta, un grupo de militares pensó que con la Guardia Civil no había bastante e intentó dar un golpe de Estado para poner orden en medio del vértigo de huelgas, quemas de cosechas y conventos, manifestaciones disueltas a tiros y delirio de anarquía que siguió al entusiasmo original. Pero el pueblo español recordó el dos de mayo e hizo fracasar el alzamiento a fuerza de coraje y sangre. Los sublevados, que se llamaban a ellos mismos *nacionales*, al verse derrotados por la nación, recurrieron a Hitler y este les ayudó. Esta vez no hubo cuerpo expedicionario del duque de Wellington. Inglaterra quería «paz para nuestro tiempo». La República Francesa fue más lejos. Se declaró neutral en el conflicto, se negó a vender

armas a la República Española y cerró la frontera. Terció entonces Stalin, alarmado al ver a Hitler tan lejos de su zona de influencia, y llegaron los rojos del mundo a defender una República burguesa, precisamente ellos, los que aspiraban a destruir la democracia burguesa en el mundo. A partir de ahí, España se convirtió en un campo de batalla entre comunistas y nazifascistas donde para desgracia de los españoles ganaron la guerra civil estos últimos, lo que aseguró, tras la derrota de los nazifascistas en 1945, cuarenta años más de aislamiento y dictadura. De la barbarie de la guerra civil daba fe uno de los cuadros más significativos del siglo XX, el *Guernica* de Picasso, este en el museo de enfrente, el Reina Sofía; pintura que venía a ser no el símbolo de la barbarie de los nazis, como pretendían algunos, sino el de la barbarie de la guerra, ya que el bando republicano no había sido en retaguardia lo que se dice un Estado de derecho. Y nadie mejor que los Sánchez Ulíbarri para saberlo.

Decididamente, lo de ir a la oficina por la plaza de Neptuno no estaba siendo una buena idea. En fin, se dijo tratando de encontrar consuelo, a esa imagen siniestra en colores primarios, blanco y negro, los del *Guernica*, empezaba a sustituirla otra más matizada. Y, al recordar que Alfred le había hablado de arquitectura y de la restauración del Prado, Luis dirigió su mirada hacia la estación de Atocha, renovada por el mismo arquitecto que había llevado a cabo la ampliación del museo, don Rafael Moneo.

Era verdad, España había dejado esos horrores atrás. Pero aquella estación de tren funcionaba en régimen de respiración asistida, o, si se prefería, de invernadero, puesto que el adorno del monumento eran palmeras. ¿Y cómo iban a sobrevivir de otra manera aquellas palmeras anémicas que parecían

necesitadas de una buena dosis de Viagra? «Globalidad a capón», ironizaba Luis para sí mismo. Porque el tren de esa estación —la alta velocidad— era de patente extranjera. Aquello era la imagen, en fin, de lo que daba de sí la modernidad en la España de hoy: una cosa importada, imperfecta y frágil y, sin embargo, creativa y original. Un escaparate para nacionales y extranjeros, quizás también un catálogo de intenciones, pero —y sin mengua del genio del autor— carente de la nobleza y el poso de otros edificios, también modernos y también extranjeros en su tiempo, como San Isidoro de León o la Lonja de Valencia, los cuales, al contemplarlos por primera vez, recién llegado de Rusia y sin referencias, le habían dejado boquiabierto de admiración.

Fuera como fuese, *light* o no, Atocha existía. Otra España había iniciado su andadura en 1978 con un contrato social entre las dos Españas que consistía, precisamente, en abolir las dos Españas. Aunque el dilema de verdad, para él, no era el de las dos Españas, sino el de los dos Estados Unidos. ¿Servía a la patria de Jefferson o a la de Reagan y Bush?, ¿a la que democratizó Japón y Alemania o a la que arrasó Chile? Mientras vivió John y los Estados Unidos encarnaron en aquel tipo inteligente, culto, liberal y, en definitiva, último eslabón de la democracia más antigua del planeta, su elección se sostuvo sin dificultad. Era obvio que los Estados Unidos eran el país de George C. Marshall y Franklin Delano Roosevelt. ¿Y ahora? Ya sin esa presencia esencial, y en la plena madurez de la edad, ¿se justificaba la elección que había hecho en el Museo de Orsay, y ante John, hacía ya veinte años?

No había respuesta. Peor aún: fuera cual fuese la respuesta, no había vuelta atrás. Había sido, estaba siendo y para todos sería siempre un agente de la CIA; con cuantos matices se quisiera, pero era un profesional de la Agencia que tenía su sede en

Langley y trabajaba bajo la directa autoridad del presidente de los Estados Unidos.

Era una tarde rubia, de cielos tocados por celaje y brisa. Un resol tibio calentaba la acera como puliéndola con su aura. En esa punta del día vivía ya el fresco del invierno en ciernes. Luz como la de sus pensamientos, brillante y triste, vencida sobre él a través de hojas mustias ya prontas al tránsito. Otoño en Madrid, otoño de sus cuarenta y cinco años cumplidos sin meta ni objeto, demasiados para la épica, que exige la primavera de la juventud; pocos para el buen juicio, que solo llega con el invierno.

Cruzó el torno y dejó atrás Madrid. Otro mundo le acogió, otras certezas umbrías y serenas, su botánico amado. Un orden que había sobrevivido, a pesar de todo, a la indiferencia, a la especulación y a la vulgaridad de los saqueadores. Esos parterres eran la obra de artistas anónimos forjados en el rigor del estudio y la serenidad del amor.

Se desvaneció el ruido de la ciudad y, ciudadano ya de otra urbe más exigente, se dirigió hacia su plaza favorita, un rincón umbroso a la vera de un tilo. No había nadie, lo habitual. Hacía tiempo que los madrileños se curaban en las farmacias y peregrinar al botánico para comprar hierbas era cosa de abuelas. Visitarlo para ilustrarse, algo inconcebible en la patria del fútbol y la lotería. No le importaba. Al fin y al cabo, él iba allí siempre para estar todavía más solo.

Se sentó en un banco. Miró la puntera de sus zapatos siempre brillantes y pensó que no habría ya oportunidad de transmitir a John ese secreto, tantas veces prometido y tantas demorado. John era historia y, con él, su juventud y su tiempo y, ¿por qué

no?, su vida. Pues sus veinte años más rotundos habían terminado esa mañana en Lhardy con la noticia de que unos días atrás John había desaparecido en Sarátov, ciudad que conocía muy bien, puerto fluvial que había frecuentado cuando estaba prohibido visitarlo, sede de recuerdos y nostalgias.

Le tocaba ahora un último deber de humanidad con su amigo: devolverlo a casa, al paisaje húmedo de su este natal, las costas de Carolina del Norte. Allí reposaría para siempre; mejor aún, él haría que John pudiese reposar allí. Muchos siglos atrás, antes de que hubiesen existido España, Francia y Rusia, los alféreces de Castilla se ocupaban de enterrar al rey. Así lo hizo el Cid con don Sancho II, cuyos restos siguen donde él los dejó, en el monasterio de Oña. Así lo haría: él sería el alférez de John.

II

El huérfano de París

Entró a grandes zancadas en el portal de la oficina de su agencia de viajes cerca de la calle Montalbán y saludó al portero fingiendo entusiasmo.

—¡A las buenas tardes, Remigio! Ya falta menos para la cena.

Sin darle tiempo a contestar, atacó la escalera de mármol. Oyó el «Buenas tardes, don Luis» ya casi en el rellano. Advirtió al tiempo que jadeaba en exceso. Se había abandonado los últimos meses y se hizo el propósito de volver al gimnasio cuanto antes.

—Buenas tardes, Katia —dijo dirigiéndose a la secretaria, una chica hispanorrusa que había conocido en el Consulado General de España en Moscú.

—Hola, jefe —respondió ella con el tono justo de complicidad que revelaba algo que debía ser tenido en cuenta.

Luis miró con atención a la chica. ¿Acaso quería que se fijase en algún detalle del peinado o del vestido?

—No me mires —exigió, coqueta—. Huele.

—Acabáramos — dijo él.

Pero no llegó a decir «flores» porque le robó la palabra la visión de una nube de buganvillas en tonos malvas. Caía la planta por la pared como una cascada de luz, a la vez arrebatada y serena, y él sentía crepitar en aquel fuego la razón de una armonía invisible.

—Te has quedado mudo. —La voz de Katia transmitía satisfacción.

—Sí, claro, ¿qué voy a decir, si esa planta ya lo dice todo? ¡Una idea estupenda, colgar una buganvilia de la pared! ¿De dónde la has sacado? Yo nunca las he visto en floristerías.

—Una amiga.

—Y además, huele de maravilla —añadió Luis mientras detenía su mirada en la mesa de trabajo.

—No es la buganvilia —repuso dulcemente Katia—. Es esto.

—Señaló una mancha violeta entreverada de hilos blancos que se extendía entre el ordenador y la impresora—. Lavanda, nardo y jazmín, flores de temporada —aclaró.

—No sé qué haces en este despacho teniendo el botánico aquí al lado —bromeó él—. Hoy te has superado a ti misma. Enhorabuena. Espero que no hayas dejado sin fondos la cuenta de flores para el resto del mes —añadió con falsa severidad—. A la empresa le cuesta un pico tanto estambre y tanto pistilo.

—Todo es gratis, jefe. Trueque. De todas formas, no estaría mal un aumento para flores. La inflación no para.

—¿Ha faltado alguna vez dinero para flores en esta oficina? De todas formas, en cuanto nos hagamos ricos, pasamos de buganvillas gratis a orquídeas de pago.

Katia replicó irónica:

—¿Y eso cuándo va a ser? ¿O es que nos va a regalar Yukos un pozo de petróleo?

—No estaría mal. Pero no los veo por la labor. Así que vamos a intentar hacer negocio con algo que también es negro como el petróleo pero sabe mejor: caviar. Ponme con Dimitri en Moscú, anda.

Katia empezó a marcar el número del socio de Luis en Rusia. Podría haber llamado él mismo, pero prefería la ceremonia. Sin duda, el FSB escuchaba o podía escuchar. El CNI también.

Entró en su despacho, cerró la puerta y alcanzó el auricular que ya empezaba a sonar.

—¿Dimitri?

—No, no, soy yo —dijo Katia—. Dimitri está en la dacha.

—¿Y si le mandamos un correo?

—El servidor de Moscú está muerto desde la semana pasada. Obras en la casa de al lado.

—¿Qué tiene que ver la albañilería con la informática? No entiendo nada.

—Parece que han cortado un cable o algo así.

—Bueno, pues un fax.

—La última vez no funcionó.

Anton estaba acostumbrado a esas desgracias rusas, pero al Luis de la piel de toro tampoco le pillaban por sorpresa. Pensó qué hacer. Tenía que entrar en Sarátov y todos sus antiguos contactos habían desaparecido. Aunque también era verdad que la Agencia no podía haberle encontrado un trabajo más a su medida. Había hecho su primera operación precisamente en Sarátov. Claro que en aquellos años le empleaba el Partido Comunista de España y aún no tenía veinte años.

—Vamos a enfocar las cosas de otra manera, Katia. Llama a Pedro, el bandido ese que lo controla todo en Madrid, y pregúntale si sabe de algún grupo de turistas rusos que esté ahora mismo en dificultades.

—De eso nunca falta —aclaró Katia—. Tienes a tu disposición a todos los turistas rusos estafados por sus agencias que quieras. Es el pan nuestro de cada día.

—Sí, pero los necesito estafados por una agencia de Sarátov.

—Eso es para nota —dijo Katia riéndose.

—Todo será añadir otro jamón a la cesta de Navidad —concluyó Luis.

Tras colgar el teléfono se dispuso a trabajar sin testigos. Bajó las cortinas, abrió la caja fuerte disimulada en el suelo y extrajo las herramientas del oficio. La primera, el antiláser para blindar las ventanas contra micrófonos. Lo activó. Sacó de la caja fuerte un contador y lo dirigió hacia los vidrios. Con los auriculares puestos subió el volumen hasta el final del contador: silencio absoluto.

Encendió el ordenador y, antes de teclear, puso en marcha el barrido antifrecuencias. Luego activó el ventilador programado por la Agencia para que girase en secuencias aleatorias. Solo entonces abrió el correo electrónico. Para empezar, un mensaje cifrado de su banco en Chipre. Ingreso desde la Antigua y Barbuda Real Estate Development Co por un importe desmesurado. Se veía que la operación la pagaba la Casa Blanca. Con ese dinero tenía para comprarse un chalet en la Costa del Sol. Y eso era solo para los primeros gastos. Buen comienzo.

Otros tres correos con anejos. ¿Musicales o de imagen? Uno de cada y en orden alterno: MI, MI, MI. Los de cifra y comunicaciones (CC) seguían el manual al pie de la letra. Empezaban con *Material Girl*, de Madonna.

Introdujo las claves del día. El archivo musical se convirtió en las fotocopias de un expediente de personal de la Agencia. El de John A. Feldt. *Top secret*.

Primero, el currículum académico. Ciencias políticas en Harvard. John se lo había contado muchas veces: «Quería seguir el ejemplo de Bob Kennedy y tuve que pegarme con la familia porque los Feldt somos, bueno, éramos de Yale». Sin embargo, el expediente no mencionaba su *minor* en clásicas, algo que John había mencionado varias veces en el curso de su colaboración. Llegó a la conclusión de que la Agencia le mandaba una biografía resumida. Bueno era saberlo.

Venían después su ingreso en la Compañía y el entrenamiento en La Punta. Primera operación: Net, Red; técnicamente, reclutamiento. La fecha no engañaba: era más o menos la de su encuentro en el antiguo Museo del Jeu de Paume de París, aquella tarde inolvidable frente a un cuadro de Gauguin en un museo que ya había dejado de existir. ¿A qué otros europeos habría captado John en aquella su primera misión?

Arrancaba luego un currículum, un *cursus honorum*, como le gustaba decir a John, de manual. Empezaba en Operaciones y le mandaban a territorio apache para que se fuese fogueando: Afganistán, Pakistán, el Tibet, Tayikistán... El rito de paso de un guerrero, el bautismo de fuego de un hombre blanco del siglo XX. Una de las bromas favoritas de Luis era decirle a John que seguía los pasos de un héroe colonial del siglo XIX. John se cabreaba lo suyo. No le hacía ninguna gracia la evocación de Rudyard Kipling y su poema hiperimperialista *Y serás un hombre, hijo mío*. «¿Eres ya un tío hecho y derecho, hijo mío, John del alma? ¿Cuántos salvajes has civilizado hoy?», le preguntaba Luis con sorna en aquellos años.

Venía después una pausa en Washington, y, allí, un giro profesional de ciento ochenta grados. Esto nunca se lo había explicado satisfactoriamente John y el archivo tampoco daba precisiones al respecto. Por la razón que fuese, John había dejado Operaciones y había ingresado en la sección intelectual de la Compañía: Análisis y Previsión. Contacto con universidades, profesores, revistas y editoriales. Nada de tiros ni de antifaces. Casi el monacato. Reflexión, informes y artículos sobre estrategia; algunos de ellos públicos, otros no. Largas estancias en los think tanks de Washington; trato con los grandes intelectuales: Brzezinski, Kagan, Huntington, Birnbaum, Stieglitz... Impresionante. Siempre había sabido que John era

una persona capaz, pero se sorprendió al ver el nivel de sus interlocutores. Eran lo mejor de lo mejor. Eso tampoco se lo había dicho John, al menos nunca con tanto detalle.

Nueva etapa cinco años después. La Compañía le nombraba enlace con la Defense Threat Reduction Agency (Agencia de Defensa para la Reducción de Amenazas o DTRA), el organismo que se iba encargando de recoger por la antigua URSS la basura nuclear o bacteriológica para inutilizarla. Viajes a todas las nuevas repúblicas exsoviéticas: Ucrania, Bielorrusia, Kazajstán, Uzbekistán y Turkmenistán... Dios mío, parecía mentira que todo eso no fuese ya la URSS que él había conocido, pensó Luis, pero de inmediato se obligó a dejar la nostalgia en el cajón para concentrarse en lo que estaba viendo. Luego John entraba en el séquito de los senadores Sam Nunn y Richard Lugar, creadores del Programa de Cooperación sobre Reducción de Amenazas, versión parlamentaria de la DTRA para el mismo propósito. Cada vez que los senadores iban de gira por la antigua URSS a encontrar y destruir alguna basura bélica (uranio, plutonio, viruela, peste, carbunco, ántrax...) John era uno más del grupo. Lo que no decía la Agencia era con qué cobertura le disfrazaban: ¿periodista?, ¿funcionario civil o militar?, ¿empleado de alguna empresa privada interesada en obtener contratos? Era importante conocer ese dato. Tendría que preguntarlo. Por el momento tomaría nota de las ciudades a las que John había ido con el propósito de limpiarlas. Finalmente, para coronar todo ese glorioso monumento burocrático, segundo jefe de Eurasia. Una de las no más de cien o ciento cincuenta personas que de verdad mandaban o ayudaban a mandar en los Estados Unidos. Hobbies: vela y esquí. Cierta, John había navegado en España tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo. Y esquiado también. Estado civil: divorciado, sin hijos; no se decía si era

protestante, católico o judío. Los agentes de la Compañía solían dejarlo claro por si llegaba el caso de tener que organizar un funeral. Por lo que parecía, John estaba seguro de su buena estrella y no se molestó en precisarlo. Sin embargo, el nombre de Luis Antonio Sánchez Ulíbarri sí que figuraba entre las personas a las que debía comunicarse su fallecimiento, detalle que agradeció y que le conmovió.

Abrió el segundo archivo. Fotos recientes de carné tomadas con cámara digital; John tal como era: un americano de cara armónica, ojos claros y sonrisa abierta. Estaban también las fotos de las prendas tomadas de su equipaje: camisas, jerséis y pantalones dispuestos sobre una mesa inhóspita en un lugar de luz fría, quizás un hospital o un depósito de cadáveres; sin duda para que pudiese enseñarlas a algún testigo por si las reconocía.

El silencio en la habitación era absoluto: la protegía una doble cristalera de vidrio blindado. El ventilador era un rotor de material sintético especial y giraba sin huella gracias a un diseño basado en la tecnología de las hélices de los submarinos de última generación. Por eso mismo escuchó con mayor claridad el ruido de la agonía y el tránsito final que aquellas fotos guardaban.

A la muerte se la representa siempre en imágenes: una calavera, un esqueleto con la hoz, quizás unos caballos espantados al ver un cadáver... Imágenes. Pero para Luis la muerte era ruido. Un ruido que había oído por primera vez muchos años antes al ser testigo de la agonía de su madre. Algo que Ingmar Bergman reflejó de manera ejemplar en una película que le sacudió como un trueno: *Gritos y susurros*. Gritos del estertor con el que el agonizante sale del mundo; susurros de los asistentes al duelo.

Cuando vio la película le arrasó el recuerdo de lo vivido en París tanto tiempo atrás.

Volvía ahora a ello. Con apenas diez años no tenía nada en el mundo salvo a su madre, y su madre agonizaba. Su tránsito duró tres días marcados por un péndulo siniestro, un aullido sordo que él no había oído nunca pero que ahora ocupaba toda la casa y ensordecía el mundo entero. Veía envararse aquel cuerpo tan querido cuando trataba de llevar aire a los pulmones. Se curvaba en la cama y pugnaba por abrirse al aliento del aire. Se producía una pausa que a él le parecía infinita, hasta que el hálito terminaba por someterse y entraba en aquella cavidad con una violencia salvaje y un rugido de fiera. Su madre se alzaba bruscamente como si le hubiesen aplicado una corriente eléctrica, sostenía un momento el pecho en alto y, apenas colmada, dejaba volver el aire al espacio transparente con un silbido sin vida.

Ese encuentro cavernoso entre la vida y la muerte, ese entrar y salir del aire en los pulmones, iba espaciándose lentamente. Pero cuanto más larga era la pausa entre el ir y venir del aliento más brutal y más duro resultaba el aullido. Era como si la vida anunciase que estaba a punto de faltar a su cita y con cada respiración, sabiéndose más cerca del fin, proclamase su inminente ausencia con gritos cada vez más urgentes.

Mientras tanto, los acompañantes, que no vivían la tragedia con la intensidad ni el dolor de aquel niño que veía desaparecer lo único que tenía en el mundo, susurraban al otro lado de puertas entreabiertas. Él oía las voces. Todas. Las indiferentes, que hablaban del *tiércé* —una especie de quiniela francesa—, y las bondadosas. Estas últimas preveían su futuro, compadecían su suerte y revivían la historia del exilio forzado tras la guerra civil. Pero incluso estas se sometían a otra realidad que no era la de la

agonía y que al niño se le antojaba blasfema. Los berros estaban a buen precio, la niña salía de la tos ferina, al día siguiente irían a las rebajas de La Samaritaine. Luis recordaba su estupor infantil. ¿Cómo podían pensar en algo que no fuese la muerte de su madre?, ¿cómo, si estaban oyendo su atroz despedida? ¿Qué grado de humanidad poseía quien en ese momento, tras haber limpiado la espuma de los labios de un agonizante, recordaba el precio de los huevos de granja o la acidez de la fresa de primavera?

Todo ese horror se acompañaba de un aroma de infusiones. Cuando las mujeres —porque Luis comprobó ya entonces que la compasión es mujer— acuden al socorro del desvalido, siempre acaban en la cocina afanadas en torno a infusiones: manzanilla, té, poleo, leche tibia. Ese leve olor a campo recién segado que le había acompañado a lo largo de toda su vida era como una magdalena de Proust pero en clave lúgubre. Cada vez que volvía a él le hacía recordar aquellos días en su apartamento de la rue de la Contrescarpe, un refugio mínimo, su mundo, que iba a abandonar con certeza en una cuenta atrás marcada por el jadeo de su madre.

Allí, a sus apenas diez años, Luis aprendió para siempre que nadie muere salvo el muerto y que nadie llora de verdad sino el deudo.

Le despertó un escalofrío. Se había quedado yerto. Veía borrosa la imagen del ordenador porque tenía los ojos llenos de lágrimas. Esas imágenes le habían puesto en la pista de la muerte de su madre, de sus vestidos sobre la cama, del reparto somero al que sus comadres los sometieron en presencia del hijo. Pero en la muerte de John también estaba su muerte; no la de su madre,

sino la suya. Era un agente, un espía, y se obligó a llamar a las cosas por su nombre, porque los espías no siempre mueren en la cama. Ni a su hora. Era algo que en teoría todos sabían, pero que en la práctica sorprende siempre. En realidad él no tenía experiencia de otros amigos caídos. Este era el primero de la lista. El siguiente podía muy bien ser él y eso le hizo reflexionar. Si así sucedía, ¿qué dejaba atrás? Al menos John tenía familia, hermanos, una exmujer. ¿Y él? ¿Qué memoria dejaría?, ¿cuál era su posteridad si es que tenía alguna?

Se levantó de la silla. Por primera vez hacía balance. ¿Habría alguien en su casa cuando le llegase la hora? ¿Habría mujeres piadosas que le acompañasen hasta el final envueltas en un halo de susurros e infusiones, o caería como John en alguna ciudad lejana y no tendría memoria? ¿Quién le cerraría los ojos?, ¿el forense, un policía municipal con guantes de caucho? ¿Y quién lamentaría su ausencia aparte de los proveedores de vinos y de su champán preferido, Krug?, ¿la Agencia?, ¿la comunidad global de inteligencia? Sabía la respuesta. Estaba donde siempre había estado, en ignorado paradero, en ningún sitio. No le importaba a nadie y, por consiguiente, el día en que muriese nadie le echaría de menos. El Estado se quedaría con el saldo de sus cuentas —más que el Estado, el paraíso fiscal—, y aquí paz y después gloria. Bueno, lo de la gloria —bromeó para sí mismo— era para los creyentes. A él le tocaba el verso de Horacio: «En lo que venga después creo poco».

El timbre del teléfono le hizo volver al mundo real.

—¿Estás ahí? —Era Katia.

—Sí, sí —tartamudeó, todavía suspenso—. ¿Qué pasa?

—Tengo a tu grupo. Quince chicas estudiantes de español. Abandonadas en el Hotel María Victoria de la calle Preciados con su profesora al frente.

—¿Y quién es el culpable?

—Viajes Stella, Sarátov. Bueno, cuando ellas pagaron se llamaba así; ahora... vete tú a saber.

—Excelente. Llámalas y diles que nosotros nos hacemos cargo de la factura. Tres comidas al día.

—¡Qué generoso! —exclamó algo irónica Katia.

—¿No te he dicho que vamos a ser millonarios?

—Pero todavía no lo somos.

—Anticipo a cuenta. Además, hay para todos. A ver, Katia, ¿qué planes tienes para los próximos días?

—Ninguno en especial. ¿Por qué?

—Porque me voy a Rusia de crucero. Astracán-Sarátov. *Los remeros del Volga*. No sé si te suena. —Tarareó la melodía. Ante el silencio asombrado de ella, aclaró—: Solo unos días, no te alarmes.

Dicho esto, colgó el teléfono y entró en el despacho de Katia.

—Vengo para darte la buena noticia en persona. Mientras yo esté ausente puedes tomarte unas vacaciones. Ya ves, a todos nos llega esto de los millones. ¿No tienes nada especial que hacer?, ¿de verdad de la buena?

—Se llama Julio —dijo Katia.

Él advirtió el brillo de malicia inocente en sus ojos.

—¡Pobrecito! —exclamó Luis sin asomo de ironía—. ¿Llevas contigo algo de yodo? Lo digo por si le arañas con demasiada fiereza.

—Uy, yo. Si soy un pastel de crema —se defendió ella con una mueca encantadora.

—Estoy seguro —repuso Luis—. Era solo una advertencia retórica.

—La más interesada en conservarlo soy yo. Es mi chico. No abundan, ¿sabes?

—La verdad es que los ligues serios no han abundado nunca. Claro que si son ligues no son serios. Bueno, ya me entiendes. No te dejes engañar por la historia de que en los viejos tiempos se encontraban parejas por las esquinas. Ni antes ni ahora. Y, hecha esta aclaración, vuelvo a mis deberes —zanjó con firmeza.

Ya frente al ordenador y en su despacho, Luis abrió el tercer archivo. *Playgirl*, se titulaba. Pero la imagen que ofrecía no era exactamente la de la modelo esplendorosa que el texto anunciaba, sino la de un monje budista. Tras el doble clic del ratón, la figura con la túnica de color naranja se convirtió en ciento cuarenta y seis fotos hechas con una Sony digital. Las ciento cuarenta y seis fotos que John había tomado durante la travesía. El archivo se recogió en un programa de proyección y las imágenes empezaron a desplegarse a pantalla completa.

Nada que le resultase nuevo. Conocía el paisaje del Volga. Lo había recorrido en crucero o en viaje por tierra más de una vez y lo había visto en todos los museos de Rusia. De hecho, la pintura de paisaje rusa arrancaba con el Volga de Savrasov, y uno de los cuadros más alucinantes y famosos de la pintura rusa era *Los sirgadores del Volga* de Repin, hoy en el Museo de Arte Ruso de San Petersburgo, antiguo Leningrado.

Pasó rápidamente por los paisajes y se detuvo en las figuras. La primera imagen retrataba a un grupo de personas vestidas de uniforme, previsiblemente la tripulación. Pero John no posaba, al menos en esa primera. En la segunda sí. Se preguntó si faltaba alguno de los de la foto, lo que hubiera indicado que ese tripulante había apretado el disparador de la cámara. Volvió atrás y contó. No parecía que faltase nadie. Eso quería decir que

John se había sacado la foto a sí mismo o que había recabado el auxilio de algún pasajero transeúnte, pero no de la tripulación, lo que haría más difícil, una vez a bordo, encontrar entre los profesionales a alguien que hubiese intercambiado al menos unas palabras con John.

Siguió con la serie. Una chica rubia, una camarera, servía a dos viejecitos, casi con seguridad extranjeros. Ahora quien más viajaba era la tercera edad. Sobre todo la alemana. Fotos del comedor, de la mesa con el bufé, sobrecargada de todo tipo de ensaladas —llamadas *rusas* con razón—; en un extremo de la mesa, un cocinero con gorro prepara los crepes típicos, los blinis, algo que no puede faltar en ningún bufé ruso que se precie.

Vistas de la cena, del desayuno y de las escaleras del barco. Le llamó la atención una foto extraña, imperfecta, y, sin duda, dejada en la memoria por descuido. Una chica se inclinaba sobre John y le servía algo, una taza de alguna bebida caliente, té tal vez; la camarera llevaba una especie de uniforme y una galleta de identificación con un nombre.

Hizo zoom. Las letras estaban borrosas. Pasó un filtro antialias, otro y otro. Al fin pudo leer: «Ludmila». Bien, Ludmila. ¿La había visto antes? No la recordaba de la foto de familia del crucero. Siguió mirando. Vio Sarátov desde la amura de babor, más Sarátov desde estribor, ya cerca del muelle..., y una foto en el interior de un museo, debía de ser el de Sarátov, con un cuadro de ¡Gauguin! Lo último que había fotografiado John era un cuadro de su pintor favorito. Frente a Gauguin le había reclutado John en el Museo del Jeu de Paume de París; frente a Gauguin se despedía. Era casi increíble tanta casualidad. Pero si él no recordaba mal, ese cuadro, sublime por cierto, estaba en el

Museo Pushkin de Moscú. ¿Qué hacía el *Matamoe* de Gauguin en Sarátov? Bueno, para eso le pagaban. Lo averiguaría.

Tocaba revisarlo todo. Esta segunda vez lo hizo con una concentración especial. Quería ver si alguna persona se repetía o daba señales de alguna intimidad con el fotógrafo. No parecía ser así. Solo se distinguía a la camarera de los viejecitos y luego a la Ludmila de la foto incompleta. ¿Cabría la posibilidad...? ¿Sería la chica que servía a los viejecitos alemanes y a John y aparecería entonces dos veces? Se fijó en los detalles de la vestimenta, en el color del pelo, en el peinado y en el lugar exacto en que la ropa se abría a la carne, y concluyó que se trataba de la misma persona. Ludmila era el único personaje que John había fotografiado más de una vez. Pista tenue, pero pista al fin y al cabo: Ludmila. No le resultaría difícil averiguar su apellido y sus datos una vez conocido el nombre del buque. Ya tenía una primera indicación, un nombre, una cara, un punto de partida.

Abrió la ventana. Era ya de noche y en el cielo brillaban las estrellas que había traído el viento del crepúsculo. Oía levemente a jara y a lo lejos se oían los ruidos del paseo del Prado. Más que oler y oír todos aquellos signos, los bebió a tragos, ansioso, sediento, como quien se administra un sacramento: el sacramento de la vida. Entendía ahora, mejor aún, sentía al ejercitar sus sentidos, que vivir era un privilegio raro, breve y frágil. Y por el momento cabalgaba sin trabas en él. Era una sensación exaltante, como de galope en la estepa. Le habían rozado las alas del ángel de la muerte y ahora se libraba de su hechizo a espolazos. Además, su misión arrancaba bien, tenía algo tangible entre manos. Tenía un trayecto, una ciudad,

un barco, un museo y sobre todo una pista: Ludmila. Con eso tiraría del hilo de la madeja de John. Por el momento bastaba.